

Topología y tropología de la crítica literaria argentina

Rafael Arce

Universidad Nacional del Litoral

“El discurso crítico es pura literatura y si no le exigimos a la literatura que muestre su identidad científica, menos podemos pretender la científicidad de un discurso que surge de la literatura...”

166 167

Nicolás Rosa, *Artefacto*

Para la crítica literaria, la cuestión de la científicidad significó siempre o bien una garantía metodológica o bien un peso del cual en algún momento fue necesario liberarse. En cierto sentido, la no muy discutida pero a menudo ilustrativa distinción entre estructuralismo y postestructuralismo descansa en esta liberación de la científicidad. Este peso es el peso de lo *indeseable*. La cuestión de lo no científico entra en terreno del goce. Así lo acreditaría el primer párrafo de *S/Z*, donde Barthes enfatiza este abandonar de la pretensión científica declarada ahora como no deseable.¹

La crítica literaria argentina está sumergida definitivamente en este movimiento de abandono de un proyecto científico sobre la literatura, que empieza en Rusia en la década del 10 y termina con *S/Z*. El devenir ficción de la crítica es la respuesta a este descarte. Como si la crítica se moviera en el *entre* de esa vieja dicotomía: Arte-Ciencia. Al evolucionar la crítica local por importaciones teóricas, puede detectarse este movimiento que en cierto sentido imita al europeo. El llamado “post-estructuralismo” cuaja recién diez años después de su fecha de nacimiento (¿1968? ¿1967?) en las costas de la periferia latinoamericana. En 1972 Nicolás Rosa polemizaba con Blas Matamoro sosteniendo todavía una práctica crítica con pretensiones de científicidad.²

Es cierto que la crítica nunca se confundió con la teoría literaria, por lo que sus pretensiones de científicidad tenían que ver más con certezas metodológicas que con un verdadero proyecto científico (la crítica nunca pretendió ser ciencia). Pero es también cierto que la teoría literaria impactó a una crítica que pretendió servirse de sus hallazgos científicos o pseudo científicos para *leer* textos literarios. El lenguaje del crítico se llenó de vocablos estructuralistas. Fue posible una crítica estructuralista, que trabajara de manera cercana a esa especie de experiencia de lo imposible que fue la teoría literaria y que no sabemos bien si hoy sigue siendo.

El devenir literatura de la crítica no es una constatación que uno hace como lector, sino una declaración de la crítica misma. Esta explicitación coincide igualmente con este abandonar la teoría literaria, con este *vaciamiento* teórico que se manifiesta (¡otra vez el goce!) en cierta repulsión por parte del crítico a utilizar ese lenguaje que, en algún momento, constituyó el arsenal teórico de la crítica.³ Al

argumento psicoanalítico (goce) podemos agregar el estilístico: el crítico tiene ahora una relación más íntima con su propio lenguaje. El devenir escritor del crítico no se manifiesta en un cambio de funciones, sino en una manera diferente de experimentar su praxis.

Todo esto sucede, por supuesto, sin que la crítica *sea* literatura y sin que el crítico *escriba* ficción. Nadie pensaría, en su sano juicio, que *Artefacto* de Rosa es un libro de cuentos. Lo lúbrico del estatuto de la crítica es en cierto sentido un atributo de la literatura. Es evidente que la misma idea de “literatura”, como invención del siglo XVIII, está sometida a desconstrucción desde mucho antes de Derrida. Por lo menos, desde Mallarmé. Es decir, *desde* la literatura misma mucho antes que desde la teoría o desde la crítica.

Si el crítico deviene escritor es porque antes ya el escritor devino crítico y, por qué no, teórico. Es la ruptura que operan, según Derrida, algunos grandes escritores.⁴ El problema de la teoría literaria fue de entrada siempre uno: su objeto científico.⁵ Estos textos señalados por Derrida socavan cierta representación de “lo literario” y, por lo tanto, socavan la posibilidad misma de lo literario, la posibilidad misma de encontrar o construir un *objeto*. Después de todo, la idea de “literatura” proviene de una estética (la literatura como *arte* al lado de las otras *turas* diría Cortázar: escultura, pintura, arquitectura, etc.). Pero es precisamente *contra* la estética que se erige la teoría literaria.⁶ La literatura moderna, como los textos señalados por Derrida, operan también contra la estética. Ahora bien, ¿operan además contra la filosofía toda?, ¿contra la metafísica, por ejemplo? Según Panesi, Derrida diría que sí.⁷ En definitiva, operan contra la ciencia. Detrás de la pretensión científica del Formalismo ruso habría una suposición metafísica esencialista de la literatura. La literatura misma cuestiona esta suposición. Y, como objeto de una ciencia posible, lleva un siglo escapándose. Con un mismo movimiento, entonces, la “literatura” (a falta de un mejor nombre) trabaja contra dos nociones de sí misma, que llevan la misma nomenclatura y que son sostenidas por el discurso de la Estética y de la Teoría Literaria: la literatura como arte, la literatura como objeto científico.

Ni ciencia ni arte, la crítica sobrevive a este *contra* acercándose a la literatura, pero no en tanto arte, sino en tanto *texto*. Sometida a desconstrucción, la palabra “literatura” sigue operando por usura, por desgaste, pero ya no significa lo que significaba.⁸ ¿Se jugará en terreno de lo que Derrida llama *generalización del concepto de texto* esta pérdida de límites de la crítica? La crítica deviene *escritura*. No toma distancia del texto sino que lo habita, *simula* un metalenguaje que lo parasita, se vuelve su perífrasis, su anamorfosis.⁹ Nace de él y de él se alimenta, si seguimos a Rosa.¹⁰ Objetividad (científica) y subjetividad (estética) son anacronismos para el crítico: no hay metalenguaje ni experiencia, hay una sola escritura, todo es en última instancia texto.

Reacia al vocabulario teórico literario, la crítica literaria (por ejemplo, en Rosa) se deja permear por otra inflexión de las lenguas, esas que aquí querríamos pensar como *traza* o *resto* del postestructuralismo: las del derrideanismo y el lacanianismo. Ambas escrituras son ineludibles a la hora de pensar el periplo de la teoría literaria después del 70, por ejemplo en Barthes, Kristeva, Jameson o De Man. No son sólo las “teorías” de la desconstrucción y el psicoanálisis las que impactan fuertemente en el campo de las ciencias del lenguaje y la literatura, sino más precisamente algo que no podríamos reducir a “estilo”, “forma de pensar” o “estrategia lectora”, pero que roza todas estas denominaciones. Algo que está más cerca del discurrir vacilante y oblicuo de las escrituras lacanianas y derrideanas, una cierta forma nueva de recorrer los discursos, de leer los textos.¹¹ Esta *marca* se deja leer en Rosa menos como influencia teórica que como posibilidad escritural, como *pulsión* o *impulsión* lectora.

Volvemos a nuestros argumentos de goce y de estilo: están ahí en lugar de una pretensión que en algún momento pudo pensarse como científica. Leyendo los textos de Rosa uno tiene la impresión de que su metatexto *cubre* el texto analizado, lo tapa con una delgada película de lenguaje que cobra materialidad o volumen:

El barroco de Piccoli es negativo, es una figurabilidad serial infinita y ubicua que hace borde, bordea, borda sobre un entramado vacío la figura de la no-figura: la *oquedad*, la forma persistente de la ausencia que se inscribe *en faux*: poesía de la falsedad, llega incluso a susstraerse al verosímil infinitista de la “máscara” (“laboriosidad del artificio”), hipograma de velo que oculta... la vacuidad del signo.¹²

Ya se sabe: el crítico trabaja la lengua. Pero este trabajo, esta lengua segunda se erige sobre una lengua primera, la lengua “literaria”. La lengua crítica es no ya un metalenguaje sino una *metatextura*.

¿Operan aquí el texto lacaniano o derrideano un corrimiento de la función crítica?, ¿o son simplemente proveedores de posibilidades metafóricas? Así como las ciencias exactas eran para Barthes un “tesoro de significantes” a donde ir a buscar metáforas explicativas, ¿significarán lo mismo Lacan y Derrida para la crítica?, ¿o estamos ante una crítica desconstruccionista-psicoanalítica, si algo como eso fuera posible? Nos movemos todavía en la *estela postestructural*. La crítica literaria no necesita ubicarse en los bordes porque existe como tal solamente en los bordes: no sólo de la literatura, sino también de la ciencia y, más aún, de los discursos en general.

Paul De Man pensó a la teoría literaria como desenmascaradora de ideología. Nicolás Rosa piensa a la crítica casi en los mismos términos.¹³ ¿Será la crítica literaria, *esta* crítica literaria, el resto o rastro de esa teoría literaria que se desmembró en su proyecto científico? La crítica literaria no busca ya la verdad del texto. La teoría literaria, según Barthes, tampoco. Una vez más, entonces, ambas coinciden.

Quedaría por preguntar entonces por la función de la crítica, si la forma misma de la respuesta no impugnara (como sospechamos) la pertinencia de la pregunta.

¹ BARTHES, R. (1979): *S/Z*, México, Siglo XXI, 1993.

² ROSA, N. (1972): “Contra crítica” en *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe, Cuadernos de extensión universitaria, 1987.

³ “Veo como una mancha estética el utilizar palabras como intertextualidad, prolepsis, heterodigético, etc., por más que a veces es estrictamente necesario.” PANESI, JORGE, eEntrevista en *Arde filo*, Número VI, 1998.

⁴ “Sí, es incontestable que ciertos textos clasificados como ‘literarios’ me han parecido operar fricciones o fracturas extremadamente avanzadas: Artaud, Bataille, Mallarmé, Sollers. ¿Por qué? Por lo menos por esta razón que nos induce a sospechar de la denominación de ‘literatura’...” DERRIDA, J.: (1977) “Posiciones”, Entrevista, en *Posiciones*, Valencia, Pre-Textos, 1977.

⁵ DE MAN, P. (1986): “La resistencia a la teoría”, en *La resistencia a la teoría*, Madrid, Visor, 1990.

⁶ *Ibidem*.

⁷ “Y la literatura (...) está potencialmente ‘contra’: contra la metafísica, contra el logocentrismo, contra la lectura trascen-

dental.” PANESI, JORGE: (1993) “El precio de la autobiografía: Jacques Derrida, el circunciso”, en *Críticas*, Buenos Aires, Norma, 2000.

⁸ SOLLERS, P. (1967): “Un paso sobre la luna”, Introducción a *De la gramatología*, México, Siglo XXI, 1971.

⁹ BARTHES, R. (1966): *Crítica y verdad*, Siglo XXI, México, 1992.

¹⁰ ROSA, N. (1992): “Del fundamento”, en *Artefacto*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1992.

¹¹ Si en algo coinciden Lacan y Derrida es en el hecho de ser, rigurosamente, *lectores de textos*: del psicoanálisis (de Freud, porque el psicoanálisis es Freud y su posterior exégesis lacaniana) y de la filosofía (del Texto de la Filosofía, de la filosofía como macro-texto).

¹² ROSA, N. (1992): “Arte Facta” en *Artefacto*, Rosario, Beatriz Viterbo 1992.

¹³ “... (la crítica) tiende a literaturizar –ficcionalizar– todo lo que antes fue literatura y ya no reconoce sus orígenes: mito, filosofía, exégesis social, política, en suma, el saber sobre lo social...” ROSA, NICOLÁS: (1992): “Del fundamento” en *Artefacto*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1992.